

Desdichado mil veces, desdichado
del pueblo que entre bárbaras cadenas
cual un tigre es llevado por su dueño
sangre á verter con infernal empeño.

Dichoso el adalid á quien inflama
sólo el amor de Dios, sólo su gloria,
sin que el vano renombre de la fama
le engañe, ni el laurel de la victoria:
dichoso aquel que por su Dios derrama
su sangre con valor, aunque la historia
su nombre para siempre deje hundido
en la lóbrega tumba del olvido.

Córdoba, la ciudad encantadora
á cuyos pies serena se desliza
del Bétis la corriente serpeadora
que el aura leve suspirando riza,
al soplo de la guerra destructora
quizá un montón sea pronto de ceniza,
y entre la triste sangre que la inunda
con sus recuerdos célebres se hunda.

La tremebunda lucha se prepara
entre fiestas y dulces regocijos,
y con lazos de amor al pie del ara
la santa Religión une á sus hijos.
Armada allí de su potente vara,
en la hueste de Dios sus ojos fijos,
la fe conforta, el ánimo recrea
é impele el corazón á la pelea.

El Rey Fernando, valeroso y santo,
de su ejército fiel á la cabeza,

sembrando por doquier duelo y espanto,
recorre el muro con gentil braveza,
y tanto es su valor, su arrojo tanto
y son tales su acierto y su destreza,
que parece que el cielo omnipotente
fuego á su mano dió, luz á su mente.

En vano del abismo pavoroso
se desatan las hórridas legiones,
y con fiero rugir estrepitoso
atacan á los bravos campeones,
que el soberano cielo poderoso
defiende sus bizarros escuadrones
y del Señor los ángeles triunfantes
los cubren con sus alas deslumbrantes.

La más santa mujer y la más bella
que vió jamás el luminar del día,
la más hermosa fulgurante estrella,
la flor más pura que en edén lucía,
la esposa del Amor, madre doncella
del sol de eterna luz, la gran María,
emperatriz del cielo refulgente,
de las huestes cristianas marcha al frente.

Los más bravos y ardientes defensores
de Córdoba, su apoyo y esperanza,
cayendo van como marchitas flores
del castellano fiel ante la lanza:
vanos son del infierno los furores
contra tanto valor y tal pujanza,
que cuanto más avanza la morisma
más de su sangre bajo el mar se abisma.

El eco de los roncros instrumentos,
 el son de las moriscas algaradas,
 los clamores, los ayes, los lamentos
 de las víctimas mil pisoteadas
 en vaga confusión turban los vientos,
 y cruzando sus ondas azuladas
 llevan al éter encumbrado y puro
 ya la súplica blanda, ya el conjuro:

Pero de pronto un miedo sobrehumano
 se esparce entre las huestes de castilla
 y se apaga su aliento soberano
 y retiembla en su brazo su cuchilla:
 en la tostada faz del mahometano
 súbito rayo sulfuroso brilla,
 fuego infernal su corazón inflama,
 arden sus ojos y su lengua brama.

El cielo seductor se entenebrece,
 el ronco trueno con furor retumba,
 el huracán desátase y parece
 que el universo todo se derrumba:
 en la luz del relámpago se mece
 alada multitud que fiero zumba
 de horrorosos espectros funerales
 y vestiglos y sombras infernales.

Aquí y allá los entes pavorosos
 infestando los aires aletean
 y entre vapores mil caliginosos
 como centellas vívidas chispean.
 Lanzando van gemidos espantosos
 que aturden á los bravos que pelean,

y con su soplo mágico fascinan
 á aquellos que por miedo no dominan.

Los árabes también embravecidos
 á la lucha se arrojan al momento,
 y de atroces conjuros y alaridos
 poblada dejan la región del viento.
 Doquiera los cristianos perseguidos
 y dispersos doquier bajo el sangriento
 morisco alfanje, ruedan á montones
 al pie de los infieles campeones.

Mas el estrago al ver el Rey Fernando,
 al cielo levantó su voz sonora
 los divinos auxilios implorando
 del que en trono de luz radiante mora
 y la oración al punto revolando
 como blanca paloma seductora,
 fuese á posar al seno de María,
 que al pie la puso del autor del día.

Entonces la deidad refulgurante
 que lleva el iris como cinto hermoso
 presentóse en el éter rutilante
 con su rico vestido luminoso,
 y á vista de su célico semblante,
 aquel horrible miedo misterioso
 que en el pecho reinó del castellano
 luego se disipó cual humo vano.

¿Visteis tal vez de la empinada cumbre
 que en vivas llamas el volcán enciende,
 en mares mil la abrasadora lumbre
 que como lluvia mágica descende

y oprime con su inmensa pesadumbre
la campaña feraz donde se estiende
sin dejar ni aun la más mínima huella
de árbol ni flor en el contorno de ella,

y de tormentas mil fieras luchando
escuchásteis los truenos retumbantes
y el mugir de la mar al cielo alzando
sus líquidas montañas flameantes,
y el bramar de las trompas atronando
los encendidos cielos retemblantes,
y el fragor en el monte más vecino
del terremoto y bravo torbellino?

Tal los cristianos ínclitos cayeron
sobre las fieras huestes islamitas
y tales los rumores se estendieron
de las soberbias luchas inauditas.
Los fuertes ejes célicos crugieron,
retemblaron de espanto las malditas
abrasadas regiones del profundo
y su curso paró turbado el mundo.

Las furias del infierno se soltaron,
lanzando de furor roncros rugidos,
y los fúlgidos ángeles bajaron
á la tremenda lid apercebidos:
todos los elementos se chocaron
y en honda convulsión, dando gemidos,
conmoviendo la masa de la tierra,
parte tomaron en la cruda guerra.

Firme, fuerte, sereno, valeroso,
sin que la duda tórbele un momento,

sin que el hórrido ejército sañoso
que vago puebla la región del viento
de su bélico pecho generoso
pueda menguar el noble atrevimiento,
sigue Fernando su triunfal carrera,
llevando la victoria por doquiera.

En vano las potencias infernales
temiendo á los angélicos guerreros
el pecho de los débiles mortales
que al Señor consagraron sus aceros
pensaron asaltar: las celestiales
virtudes de los nobles caballeros
vestido habían de potente malla
su corazón al ir á la batalla

El arcangel Miguel, bravo caudillo
del esforzado ejército celeste,
con espada que al sol roba su brillo
al frente baja de la empúrea hueste.
Creyérase mirar al descubrillo
de la cuna del sol hasta el Oeste
una lluvia de soles que caía
del alto asiento del peremne día.

¡Quién como Dios! entonces exclamaron
los fuertes ardorosos campeones.
¡Quién como Dios! acordes contestaron
los bizarros divinos escuadrones
y el éter puro rápidas cruzaron
sus voces como truenos á millones
los diamantinos astros conmoviendo
y la tierra y el mar en choque horrendo.

Cual del veloz relámpago radiante
al fulgurar la llama serpeadora
deshecha baja en lluvia la tonante
ennegrecida nube aterradora,
así bajo la espada fulminante
de la exselsa milicia brilladora
deshechos y dispersos y batidos
los asquerosos mónstruos maldecidos.

En horrible turbión luego cayeron
del bátratro infernal á las mansiones
y encerrados allí de nuevo fueron
los tenebrosos brazos campeones,
y torrentes de lava los cubrieron
y carcomidos huesos á montones
sobre sus frentes fúnebres rodaron
y víboras ardientes les cercaron.

En tanto en la ciudad más encendida
del combate feroz arde la tea
y de su tierra en sangre humedecida
cada palmo es un campo de pelea;
mas la cristiana hueste enardecida
sobre la infiel legión se señorea
mostrando siempre en la batalla ruda
cuanto vale de Dios la inmensa ayuda.

Los altos fuertes muros desplomados
á tierra poco á poco van cayendo
y los árabes fieros asombrados
confusos por doquier vagan huyendo
del mágico poder de los soldados
del rey Fernando y en turbión horrendo

la hirviente roja sangre se derrama
y el génio de la guerra alegre brama.

Al ver los moros tan feroz matanza
henchidos de pavor sus corazones,
sin un solo vestigio de esperanza,
sin valor y sin fe, sin ilusiones,
anhelando un momento de bonanza
trataron de ajustar las condiciones
bajo las cuales entregar querían
la potente ciudad que defendían.

Mas la infernal Discordia prepotente
aun divide falaz sus voluntades,
y la horrible Soberbia que en su mente
imperera entre mezquinas potestades,
atados les conduce torpemente
oscureciendo el sol de las verdades,
á dar en el abismo pavoroso
do les espera funeral reposo.

Desechan al principio los humanos
tratos con que Fernando les convida;
mas se humillan después y los cristianos
mas cada vez exigen, á medida
que les ven vacilar, hasta que ufanos
de triunfos tantos, ya solo la vida
libre de cautiverio les conceden
é impotentes al fin los moros ceden.

.

Vedlos... ¡sí!... cabizbajos, macilentos,
la ciudad abandonan á millares

y entre fuego y cadáveres sangrientos
dejan sus bienes y sus pátrios lares.
¡Escuchadlos!... sus débiles acentos
ya no entonan dulcísimos cantares
que su pecho infeliz en tanta pena
con roncós ayes anheloso suena.

Con lágrimas acerbás van regando
aquel feraz y floreciente suelo
y con suspiros lúgubres llenando
el inmenso viril del puro cielo.
Adiós por siempre, dicen, remedando
el suave murmurar del arroyuelo:
adiós, hermoso eden, florida cuna:
adiós, potente reino de la luna.

Y con solemne pompa conduciendo
en hombros á la imágen vencedora,
de la madre de Dios, con vivo estruendo
la cristiana legión deslumbradora
de los aires la esfera estremeciendo
salve al cantar á la feliz Señora
madre de Dios en eco regalado
penetró en la ciudad que había ganado.

Gloria á Dios, gloria á Dios, do quier sonaba
y á los alegres himnos parecía
que el cielo, á donde el eco revolaba,
con divinos acentos respondía;
y la cruz que entre tanto coronaba
la cúpula del templo que á María
luego se consagró por su victoria,
de Dios mostraba la potente gloria.

ENSAYOS DRAMÁTICOS

El Espectro Juez

DRAMA EN UN ACTO

PERSONAJES

EL REY FELIPE II.

D.^a JUANA COELLO.

ANTONIO PÉREZ.

EL ESPECTRO DE ESCOBEDO.

ALCAIDE DEL CASTILLO, RODRIGO VÁZQUEZ.

SOLDADOS.

*La escena pasa en un castillo donde D.^a Juana
está encerrada en calidad de presa.*



EL ESPECTRO JUEZ

ACTO ÚNICO

Habitación humildemente amueblada al uso de la época. Puerta á la derecha que dá al exterior del castillo. Puerta á la izquierda que dá al dormitorio de D.^a Juana. Puerta secreta en el fondo.

ESCENA I.

Doña Juana. Rodrigo Vazquez.

RODRIGO. —¡Siempre esquivas!

D.^a JUANA. —Siempre vana
vuestra importuna porfía
ha de ser.

ROD. —Señora mía.

JUA. —No habladme más.

ROD. —¡Doña Juana!

JUA. —Ya me canso de escuchar

esa peregrina historia.

ROD. —¡Y yo que en vuestra memoria
la estoy ansiando grabar!...

JUA. —Grosero andais.

ROD. —Otro nombre

darme pudiérais mejor,
doña Juana, que el amor
jamás envilece al hombre
y es digno de excelsa prez.
¡Oh! Si Satanás amára,
volviera al cielo y llegára
á ser angel otra vez.

JUA. —El amor, noble pasión,
puro, dulcísimo anhelo
que baña en la luz del cielo
el humano corazón;
si con el vil egoísmo
en torpe unión se confunde,
se trueca en un fuego que hunde
las almas en el abismo.

ROD. —Es lástima que un tesoro
de amor de tanta valía
reserveis, señora mía...

JUA. —Para su dueño.

ROD. —¡Deploro
tan funesta ceguedad!
Pudiera citar mil hechos
en mi abono... que desechos
tiene la infidelidad!

Antonio Pérez, que ufano
con los favores del Rey
tuvo el capricho por ley...

JUA. —No injuriadle.

ROD. —Altivo, vano,

en molicie fastuosa
desatentado vivía,
y sin pensar que tenía
un ángel, sí, por esposa
con la de Ebolí... tal vez
con muchas otras señoras
de la corte largas horas
gozó de dulce embriaguez,
mientras vos en un retiro,
cubierta con la aureola
del mártir, la vida, sola
y en prolongado suspiro
pasábais... El su decoro
torpe en el cielo arrastraba
y vilmente os ultrajaba...
á vos, á quien tanto adoro.
Hoy el cielo, eterno amigo
de la virtud, ya cansado
de mirar al vicio honrado
hace bajar el castigo
que merece el criminal,
y vos os poneis delante
recibiendo con amante
piedad el golpe fatal;
y en tanto el ingrato, aleve,
que en una corte extranjera
audaz sigue la carrera
de los vicios, aun se atreve,
porque mucho le interesa,
si vivís á preguntar.
¡Tal vez se querrá casar
con alguna otra princesa!

JUA. —Os doy gracias. El lenguaje
que usais conmigo...

ROD. —Mi amor...

JUA. —Es tal que pide mi favor
cuando dá en cambio un ultraje.
Si al dolor me veis sujeta
debo tener alto fuero
para vos, que un caballero
mira el llanto y le respeta;
y jamás de una señora
hace un escarnio cruel
cuando ella padece, y él
quiere probar...

ROD. —Que la adora
con todo su corazón,
como al iman el acero,
como al laurel el guerrero...

JUA. —Basta.

ROD. —Premiad mi pasión
que es cual el sol grande y pura,
y sereis libre, y de vos
y vuestros hijos ¡por Dios
que labraré la ventura!
Os he de salvar.

JUA. —Mi esposo...

ROD. —No esperéis volverle á ver.
El Rey le quiere perder
y es el Rey muy rencoroso.
Debiérais mirar con miedo (Con intención)
á Antonio Pérez... se inflama
por otra mujer... no os ama...
hizo matar á Escobedo!

JUA. —Si una dama honrada y noble

jura amor ante el altar,
no puede nunca faltar
aun cuando su frente doble
bajo el dogal de la muerte.
Refrenad el loco anhelo
que sentís. Pedid al cielo
que os haga mas grande y fuerte.
Quien adora á la mujer
porque la vé digna y pura
¿hallar puede gran ventura
si la logra envilecer?

¿No marchita su ilusión
al estrecharla en sus brazos?

¿No se arranca en mil pedazos
entonces el corazón?

¡Ah, que es el hombre un abismo!

Con loco afán pone el yugo
á su bien y amor ¡verdugo
y víctima de sí mismo!

El que de goces sediento
piense en hollar su ideal,
¡huya como de un puñal
de su propio pensamiento!

ROD. —Ni un átomo de esperanza?

JUA. —Debe el honor ser un muro
de bronce.

(Se vá.)

ROD. —Pues bien, yo juro
que sabré tomar venganza.

ESCENA II.

Vázquez sólo.

¡Despreciar mi amor!... Acaso
porque me dió protección

en otro tiempo... Pasión,
tú me ahogas... yo me abraso
de cólera... ¡Cuando tengo
en mis manos... han herido
mi orgullo!... Bien... concedido.
Hablaré... ¡qué me detengo!
Si pretende ella ser fiel,
yo me esfuerzo en ser leal:
sus deberes cada cual
cumplirá ¡voto á Luzbel!
¡Ah! sin temer un reproche
de esa dama tan esquiva,
diré al Rey que alerta viva.
¡Mañana... quizá esta noche! . . . (Váse.)

ESCENA III.

Antonio Pérez entrando por la puerta secreta.

¡Pacífica morada
que encierras cuanto adoro;
que guardas el tesoro
de mis hijos y esposa idolatrada;
recíbeme con bien; haz que un instante
el torvo ceño trueque la Fortuna
en sonrisa de amor; que su semblante
torne un momento su mirar sombrío
en compasiva espectación. Esposa
á quien tanto olvidé, dulce bien mío:
hijos á quienes solo desventuras
con el aire vital funesto he dado;
¿dónde estais?... ¡Perdonadme!... ¡Qué áuras
se respiran aquí! ¡qué embalsamado

[puras

dá su aliento divino la inocencia!
Pero... ¡escucho un rumor!... ¿Quién se
[aproxima?
¿Quién me amenaza?... Sólo mi conciencia.
Horrible es el castigo
del torpe delincuente:
do quier lleva en el pecho
su mayor enemigo,
y un juez inexorable está en su mente.
Mas... si me ven... si acuden... si en acecho
alguien está... ¡gran Dios!... Side los brazos
de mis hijos me arrancan... Si me llevan
desde el regazo que estrechar anhele
á vil suplicio, criminal inmundo,
como el ángel rebelde que del cielo
fué lanzado á las llamas del profundo...
¡Ah, qué horror!... ¡Es el Rey!... ¡Cómo resuena
su cavernosa voz, voz de la tumba!
(Escuchando.)
Huyamos, sí, que á su mirar de hiena
no hay heroico valor que no sucumba!
(Se vá por la misma puerta.)

ESCENA IV.

El Rey. Rodrigo Vázquez.

REY. —¿Quién estaba aquí?... Contesta,
¿Qué te turbas?
ROD. —Señor...
REY. —Oye,
¿Tú sabes el fin que aguardan
en Castilla los traidores?
ROD. —Lo sé.
REY. —Pues obra en conciencia.
ROD. —Más... ¡Señor! (Se arrodilla.)